

Novela Recuperación de una obra maestra de la literatura romántica

Entre dos mujeres

Benjamin Constant Cécile

Traducción de Wenceslao-Carlos Lozano

PERIFÉRICA
140 PÁGINAS
14 EUROS

JAVIER OZÓN GÓRRIZ

La vida de Benjamin Constant, escritor y político nacido en Lausana en 1767 y muerto en París en 1830, encierra como la de Voltaire una significativa enseñanza. Aunque uno y otro dedicaron ingentes esfuerzos a escribir considerables tratados teóricos, ambos son recordados hoy por un reducido número de novelas breves, concebidas en su origen como meros divertimentos: *Cándido* o *Zadig* en el caso de Voltaire, y *Adolphe*, *El cuader-*



Retrato del escritor Benjamin Constant

AGE FOTOSTOCK

no rojo y *Cécile* en el de Constant.

Como *Adolphe* y *El cuaderno rojo*, *Cécile* es un texto de tintes autobiográficos: abandonado en 1811, el manuscrito permaneció extraviado durante casi ciento cuarenta años en un viejo baúl familiar hasta que, en 1951, Gallimard lo convirtió en el acontecimiento literario del año. La novela relata, en primera persona y con una elocuente precisión cronológica, los amores de su voluble protagonista, el propio Constant, con dos mujeres, Cécile de Walterbourg y la señora de Malbée, o lo que es lo mismo, con los trasuntos de Charlotte de Hardenberg (segunda esposa de Constant) y Madame de Staël (su más célebre amante, que inspiró también la Ellenóre de *Adolphe*). A lo largo de la novela –que abarca un amplio arco que va del año 1793 a 1808– el protagonista se debate entre el carácter autoritario de la señora de Malbée y la dulzura natural de Cé-

cile, que lo ama sin condiciones: “La buena, la dulce, la angelical Cécile, que ha sufrido tanto (...) a quien he importunado con tantas vacilaciones”. Este atribulado autor es dueño, según él mismo confiesa, de una veleidosa imaginación y un indeciso carácter, y su talante romántico es tan vehemente que muchas veces antepone el sentimiento abstracto al verdadero afecto por una dama.

Así, en las primeras páginas de la novela, Constant –casado en primeras nupcias con una mujer que lo engaña– ha decidido que está en disposición de enamorarse y así, entre las damas de la corte de Brunswick, trata de recordar una a la que pueda convertir en objeto de sus desvelos. No lo consigue hasta que una vieja duquesa le pregunta si conoce a Cécile, momento en que Constant sabe que ha encontrado su propósito. Pero esto es sólo la primera parte de su periplo, porque unas páginas más adelante el narrador sucumbe al influjo de la señora de Malbée, y desde ese instante y hasta el final del libro su corazón –incapaz de sustraerse a su apasionada naturaleza– se rige por el conocido principio romántico que, por un lado, anhela los amores aciagos y, por otro, se aburre con aquellos que no ofrecen suficientes adversidades. En esta irresoluble tesitura, y después de una peregrinación a lo ancho de media Europa, la novela se interrumpe de forma abrupta en mitad del desfallecimiento de Cécile, de modo que sólo conocemos su desenlace gracias al esclarecedor posfacio que Wenceslao-Carlos Lozano –traductor de la presente edición– añade al final del texto y que incluye además una breve historia del manuscrito de la novela.

El genio de Constant

Aunque por su carácter inconcluso es posible que Cécile no alcance la perfección de *Adolphe* –la única novela que Constant entregó a la imprenta en vida–, esto no tiene ninguna importancia, puesto que en ella sigue presente en su plenitud el genio de Constant, que es como decir la encantadora lucidez con que sabe dar fe de su disparatada vida romántica y revelar, en breves pero precisas pinceladas, los más hondos resortes de la psicología humana. *Cécile* –como *Adolphe* o *El cuaderno rojo*– constituye otra gozosa obra maestra o, si se prefiere, otro soberbio documento sobre una materia –la naturaleza de las pasiones humanas– que, vistos los resultados, apenas ha cambiado desde los tiempos de Constant y que viene personificada en sus páginas por el propio corazón del autor: un hombre inconstante y voluble, con una asombrosa capacidad romántica y que es, por añadidura, uno de los más asombrosos escritores que ha dado la literatura francesa. No pierdan ustedes la oportunidad de leerlo. |

Narrativa Una experimentación textual inspirada en Queneau

Estilo, cacao y barro

Joan-Lluís Lluís
Xocolata desfeta. Exercicis d'espill

LA MAGRANA
238 PÁGINAS
17 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Los *Ejercicios de estilo* de Raymond Queneau se publicaron por primera vez en volumen en 1947 y tuvieron un éxito inmediato. El punto de partida es una historia vagamente grotesca: un individuo en el autobús, con un aparatoso sombrero, se queja de que su vecino le pisa expresamente. Abandona la discusión y se abalanza sobre un asiento libre. Horas más tarde el narrador vuelve a encontrar al mismo tipo frente a la estación de Saint-Lazare. Un amigo le recomienda reducir el escote del abrigo haciéndose subir un botón. Queneau cuenta la misma historia de 99 maneras distintas, poniendo en juego todo tipo de formas retóricas, géneros literarios y modelos de composición con obstáculo procedentes de antiguos repertorios poéticos o de invención propia. La gracia es que no se trata de una simple colección de textos más o menos recurrentes. Tiene ritmo, los textos dialogan entre ellos y crean un argumento: de lo simple a lo disparatado, de la descomposición de los diferentes elementos del discurso al juego erudito y la fantasía hermética. Queneau conectó con el público y los *Ejercicios de estilo* fueron objeto de adaptaciones teatrales y musicales. En los años 40, después de dos guerras mundiales, la gente estaba desengañada de los grandes discursos. La literatura de vanguardia los ponía en evidencia. El juego de Queneau era mucho más que un juego: tomaba partido por la inteligencia frente al cretinismo, por la libertad frente a la impotencia, con alegría feroz.

Joan-Lluís Lluís (Perpiñán, 1963) cuenta en el prólogo de *Xocolata desfeta* cómo descubrió el libro de Queneau en 1985. Y cómo, no hace mucho, lo reencontró en casa de una amiga y tuvo la idea de escribir sus propios ejercicios de estilo. El objetivo, confiesa, es totalmente distinto al de Queneau: “Demostrar que les possibilitats formals de la llengua catalana, com probablement de totes les llengües dels humans, són gairebé il·limitades”, “construir un edifici textual”, “demostrar, primer a mi mateix i després a un eventual lector,



Joan-Lluís Lluís

INMA SÁINZ DE BARANDA